



Oscar es también signo

NATALIA LORIO

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA – ARGENTINA)

Oscar del Barco es también el signo de una búsqueda insistente por la posibilidad de un acercamiento a algo que sin embargo no podía encontrarse, no podía encerrarse, no podía predicarse. Algo que insistía, titilaba, quizá lo perseguía u obsesionaba, que (le) abría frentes y puertas que no se colmaban con el quehacer filosófico. En la atención de problemas complicados, había también un saber, una experiencia de un saber incómodo: que se llega a un límite que resulta difícil traspasar o que, como respondió una vez, “si se lo traspasa es para seguir en la misma imposibilidad, a partir de la cual se inventa «algo» o uno se vuelve loco o se guarece en «lo» imposible, etc.”

Algunas palabras que hoy parecen demasiado *naif*, o de las que desconfiamos, o que nos suenan *demodé* (¿por una posición cínica? ¿por creer que estamos en la avanzada del pensamiento? ¿por

asumir una experiencia y expectativa desangelada de la filosofía?) estaban presentes en su escritura, en su decir: “misterio”, “Dios”, “instante”, “libertad”, “sagrado”, “absoluto”, “imposible”, “intensidad”. Y no bastaba la filosofía para vérselas con ellas, o acaso la vitalidad de su experiencia de búsqueda y de su expectativa llegaba a límites que se desgarraban (o se abrían) en otras formas, por ejemplo en la poesía o en la pintura.

Muchas de sus pinturas (no todas, pues algunas parecen ser más un juego de la expresión primaria, exaltada y alegre del encuentro con el color y con la forma), insisten en zonas de intensidad y de religiosidad¹ que, sin embargo, no aluden directamente a la gloria, ni únicamente a la beatitud. Esas zonas de intensidad están atravesadas por un vector vertical que conecta lo alto y lo bajo, o mejor, un vector que orienta un arriba y un abajo, que los liga, que los une y así, lo absoluto no es sin vacío, lo divino no es sin encarnadura, lo abierto no es sin desgracia. Ese vector lo complica todo (Oscar era complicado, también). Ese vector deshace cualquier lectura de una geometría plana donde lo vertical y lo horizontal se cortan o son perpendiculares. Acá no se cortan, no se perpendicularizan, se traman en planos y ligándose se levantan, se tensan, se abisman, se donan (no como totalidades, ¿sino como restos?). En un oscuro *collage* de Oscar el caos del mundo se hace presente y ahí, también, una mano humana sale de las ruinas, se eleva desde los escombros, es una mano infantil, un pedido y una posibilidad abierta aún. Religiosidad y política, desastre y redención, agonía de un sistema (el Sistema diría del Barco) cada vez más vivo, más voraz y visión de otra cosa.

La serie de cuadros de Cristos que Oscar presentó en 2021 en la muestra *Desp/ojos* (Museo Palacio Evita, Córdoba) dan cuenta de su insistencia y su búsqueda, de la complejidad de los planos de su experiencia sensible y de pensamiento. Cristo como un mito poderoso,

¹ En *el estupor de la filosofía* escribió: “La religiosidad es la pura expectativa frente al misterio, y esa expectativa (que es el «respeto» en sentido kantiano) es gozo en medio del dolor y la desgracia, es alegría frente a un *algo* ilimitado abierto, lleno de promesas que no podemos avizorar, ya sea la nada o el más-que-nada, un *más* vacío porque somos criaturas determinadas que no pueden abarcar un indeterminado donde hasta lo imposible puede ser posible. Mientras tanto vivimos y morimos en un mundo de guerras, genocidios, torturas y angustias ilimitadas...” Del Barco, Oscar, *el estupor de la filosofía. lecturas insistencias reiteraciones olvidos*, C. A. B. A., Biblioteca Internacional Martin Heidegger, 2021, p. 218.

decía, un mito que condensa esos planos en tensión, decimos ahora recordando a Oscar. Esos Cristos revelan el dolor humano, la tragedia de lo humano, la (im)posibilidad de lo divino en la cruz-del-cuerpo, y vuelven a la figura de Cristo, a esa figura/nudo de vectores. En algún momento, ante una pregunta, respondió, así, en mayúsculas, “CREO QUE EN EL ARTE SIEMPRE HAY SUBYACENTE LO QUE LLAMO UN «MITO» y Jesucristo, es un mito poderoso, claro, [...] uno se deja ir y aparece el mito, lo otro, lo irracional... el mito es previo a todo, como si estuviera ante una neblina impenetrable y entonces fantasea, etc.”

Esos vectores complicados están presentes también en el reconocimiento de lo que el arte permite respecto de la subsistencia de *lo humano*, a pesar de la destrucción y la sangre vertida, incluso más allá del amor y la belleza (o complicándolos). En esta dirección, pero bajo otro tono, esa búsqueda insistente toma forma en la escritura de Oscar de la experiencia en torno al Cerro Colorado. Allí hay una manifestación del pensamiento que se abisma a la experiencia sensible de un dejarse ir a otra zona, a otro lado, y desde allí seguir insistiendo con la escritura, con la filosofía, con la lectura, con la poesía, con el misterio.

Su fascinación alegre con el Cerro Colorado, “con sus pinturas, con su piedra inaudita, con sus árboles y sus animales, con sus seres humanos y el cielo y la lluvia y los caballos y la música, es el llamado de una voz inconcebible pero constante, que no deja de resonar en nuestro espíritu, en un puro ofrecimiento de *esplendor*”,² habla de otra cosa (y de la misma). Del Barco veía allí una coreografía extática de árboles en el *mato*, veía el soporte de la piedra roja en carne viva, los ciclos de la vida, el cebil y su misterio, la serpiente que se despoja de su piel. Oscar fantaseó allí una Lascaux amplificada a cielo abierto, desparramada entre cerros, acá cerca. Supo ver ahí lo milagroso, pese a todo.

Del Barco es el signo de la insistencia de esas búsquedas, de muchas de esas preguntas, de una escritura lúcida y una complejidad vital increíbles.

² Del Barco, Oscar, “Las pinturas y las comunidades precolombinas del Cerro Colorado en Córdoba Argentina”, en *Cuadernos de Elementos*, n° 7, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, p. 12. Disponible en: <https://elementos.buap.mx/directus/storage/uploads/00000006006.pdf>